

causa del viento. Tres estuvo esperando, los cuales ocupó en atormentarse, y en este sentido escribió al ministro Decrés:—Se me hace el árbitro de los mayores intereses y mi desesperacion se aumenta cuantas mayores pruebas me dán de confianza, porque no puedo esperar ningun buen resultado, sea cualquiera el partido que tome. Estoy muy convencido de que las marinas de Francia y España no pueden presentarse en grandes escuadras... Divisiones de tres, cuatro ó cinco navíos á lo mas, es todo lo que podemos formar, para hacerlas susceptibles de direccion. Que salga Ganteaume y podrá juzgar por sí mismo. *Entonces se fijará la opinion pública.*

«Voy á salir, pero no sé lo que haré porque hay ocho navíos en vista de la costa y á ocho leguas de distancia, que nos seguiran, yo no podré hacerles frente y se irán á reunir á las escuadras de Brest ó de Cadiz; segun el rumbo que yo tome á cualquiera de estos dos puntos. Mucho falta para que, saliendo de aquí con veinte y nueve navíos, pueda considerarme bastante fuerte para luchar contra un número siquiera aproximado, tanto que no temo decirtelo, á ti, sentiré mucho encontrarme con veinte navíos enemigos. Tenemos una táctica naval muy antigua; no sabemos ponernos en línea, y es justamente lo que requiere el enemigo... No tengo medios ni tiempo para adoptar otra con los comandantes á quienes se han confiados los navíos de ambas marinas... Todo esto lo tenia yo previsto antes de salir de Tolon; pero me hice ilusiones solo hasta el momento en que vi los navíos españoles que se me unieron...Entonces desesperé de todo...»

En el momento de hacerse á la vela, los navíos procedentes de Rochefort, el *Algeciras* y el *Aguiles*, fueron invadidos otra vez por la fiebre amarilla, y varios navíos españoles que salian del Ferrol se abordaron y hubo masteleros de proa rotos y velas desgarradas, accidentes insignificantes en sí, pero que uniéndose á todas las contrariedades que habia ya sufrido Villeneuve acabaron de ponerle en el colmo de la desesperacion. Así, cuando ya estaba dispuesto á hacerse á la vela, dió las órdenes al capitán Lallemand, el cual con una excelente division de cinco navíos y muchas fragatas debia abordar el 15 ó 16 de agosto á Vigo. Bastaba que Villeneuve se hubiera trasladado á este punto para reunirse á aquella division, aumentando considerablemente de este modo sus fuerzas; pero no se atrevió á moverse de miedo de encontrar á Nelson, y envió un oficial al capitán Lallemand, por cuyo medio le prescribió que se dirigiese á Brest, sin estar seguro de poderle seguir él, y por consiguiente esponiendo á perecer á aquella division si llegaba sola. Escribió al almirante Decrés un despacho en el cual esponiendo claramente los dolores que sentia su alma, dejaba entrever que acaso estaba dispuesto á dirigirse á Cadiz en vez de Brest, y al mismo tiempo dijo á Lauriston, cuya presencia importuna le representaba el emperador, que tomarian el rumbo de Brest. Afligido Lauriston de verle en semejante estado, pero gozoso por su resolucion, escribió al emperador por un correo despachado desde el Ferrol, que al fin iban á Brest, y de Brest á la Mancha.

En medio de tan deplorables ansias, se alejó



Villeneuve de la Coruña y perdió de vista la tierra en la jornada del 14. Para cúmulo de desgracia, el viento nordeste que soplabá con bastante fuerza, estaba muy lejos de impelirlo hácia su gran destino. ¡Triste consecuencia del decaimiento que frecuentemente nos impide aprovecharnos de los favores de la fortuna! En aquel momento Calder y Nelson no estaban reunidos cerca del Ferrol, como lo temia Villeneuve. Nelson despues de haber buscado en vano á los franceses en Cádiz volvió á subir al Norte, estuvo mucho tiempo bordeando contra el mismo nordeste que soplabá á la sazón, y por último se unió á Cornwallis, delante de Brest el mismo día (14 de agosto) que la escuadra francesa salió del Ferrol. Dejó á Cornwallis los pocos navíos que tenia aun en disposicion de aguantar la mar, y con los otros fué á rehacerse á Portsmouth, donde tocó el 18 de agosto. Calder por su lado despues de la batalla del Ferrol, se juntó á Cornwallis con su malparada escuadra, parte de la cual se envió á los puertos de la Mancha para recomponerse, y Cornwallis le alistó inmediatamente una division de diez y siete ó diez y ocho navíos, lo envió delante del Ferrol quedándose él con diez y ocho á lo mas para bloquear á Brest; por consiguiente, Calder volvia é iba á encontrar evacuado el Ferrol. Si Villeneuve tomando un poco de confianza, se hubiera reunido con Lallemand en Vigo, y encaminándose á la Mancha por plena mar, se hubiera cruzado con Calder sin encontrarle, y hubiera sorprendido á Cornwallis separado de Nelson con diez y ocho ó veinte navíos todo lo mas: y hubiese podido abor-darlo con sus treinta y cinco, sin contar los veinte

y uno de Ganteaume. ¡Qué ocasion le hacia perder el abatimiento de su alma! Por lo demás el general Lauriston le asediaba con sus vivas instancias: ¡un momento de variacion en los tiempos y en el abatido espíritu de Villeneuve, y aun podia llevarse á cabo el gran pensamiento de Napoleon!

Dificilmente puede describirse la impaciencia que devoraba á Napoleon en las playas de Boloña donde esperaba á cada instante la aparicion de sus escuadras y la tan deseada ocasion de invadir la Inglaterra. Toda su gente estaba embarcada, desde el Texel hasta Etaples. En el Texel hacia muchas semanas que estaban á bordo todos los caballos de la artilleria y caballeria, y todas las tropas sin escepcion ocupaban ya las embarcaciones. La escuadra de linea, encargada de escoltar el convoy, solo esperaba la señal de levar el ancla. En los cuatro puertos de Ambleteuse, Wimeroux, Boloña y Etaples, se habia hecho tomar las armas diferentes veces á los ciento treinta mil hombres destinados á ocupar los barcos chatos, se les habia conducido á los muelles, y les habia hecho ocupar á cada uno su puesto en las embarcaciones. Habíase tambien reconocido qué tiempo se necesitaba para esta operacion, pues en Ambleteuse los soldados de la division de Davout se habian embarcado en una hora y cuarto, y los caballos en hora y media, sucediendo otro tanto en Etaples y Boloña, guardando la proporcion del número de hombres y caballos.

Todo, pues, estaba listo, cuando recibió Napoleon la noticia del combate del Ferrol, del descenso en Vigo, y de la entrada en la Coruña. Aunque le disgustó mucho el estado moral de Villeneuve



y le juzgó muy severamente, quedó sin embargo satisfecho del resultado total, y por orden suya todas las gacetas publicaron la relacion del combate naval con las mas halagueñas reflexiones sobre Villeneuve y sobre las dos escuadras combinadas. Los dos navios perdidos no le pareció mas que un accidente que debia atribuirse á la niebla, sensible sin duda, pero de ninguna importancia, al lado del resultado que se habia obtenido, á saber, la entrada en Vigo, y la union de las dos escuadras (1).

(1) Hé aqui las cartas que con este motivo escribió Napoleon al almirante Villeneuve, y á su ayudante de campo Lauriston.

Boloña, 25 de thermidor, año XIII, (15 de agosto de 1805).

*Al almirante Villeneuve.*

Señor vice-almirante Villeneuve: he visto con placer, por el combate del 5 de thermidor, que muchos de mis navios se han comportado con la bizarría que debia esperar. Estoy satisfecho de la bella maniobra que hicisteis al principio de la accion, y que descompuso los proyectos del enemigo. Hubiera deseado que hubiéseis empleado el gran número de vuestras fragatas en socorrer á los navios españoles, que por haber sido los primeros que se comprometieron, debieron necesitar mas ayuda. Tambien hubiera deseado que el dia siguiente al de la accion no hubiéseis dado tiempo al enemigo para poner á salvo sus navios el *Wind-sor-Castle* y el *Malta*, y los dos navios españoles, que estando desaparejados, debian llevar una marcha embarazosa y pesada. Esto hubiera dado á mis armas el esplendor de una gran victoria. La lentitud de aquella gran maniobra, dió tiempo á los ingleses para introducirlos en sus puertos; pero á pesar de esto, juzgo con fundamento que la victoria ha quedado por nosotros,

Ahora no dudaba que Villeneuve tratara de presentarse en Brest. Ganteaume estaba en Bertheaume, es decir, fuera de la rada interior, enfrente de la plena mar, apoyado por ciento cin-

pues habeis entrado en la Cornua. Espero que este despacho, no os encontrará en ella, que habeis rechazado el crucero para uniros al capitan Lallemand: barrer cuanto se os oponga en el camino y venir á la Mancha, donde os esperamos ansiosos. Si no lo habeis hecho, hacedlo; marchad intrépidamente al enemigo. El orden de batalla que me parece preferible, es el de entremezolar los navios españoles con los franceses, y poner detrás de cada navio español algunas fragatas para socorrerlos en el combate y utilizar de este modo el gran número de fragatas que teneis. Este podeis aumentarlo todavia con la *Guerrera* y la *Revanche* que utilizarán la tripulacion del *Atlas*; sin que esto, sin embargo, atrase vuestras operaciones. En este momento teneis á vuestro mando diez y ocho navios nuestros, y doce ó lo menos diez del rey de España, y es mi intencion que donde quiera que se os presente el enemigo con menos de veinte y cuatro navios le ataqueis.

Por la fragata el *Presidente* y otros muchos que han vuelto de los que os envié á la Martinica y Guadalupe, he sabido que en vez de desembarcar las tropas en aquellas islas, se encuentran mas débiles que antes; sin embargo, Nelson no tenia mas que nueve navios. Los ingleses no son tan numerosos como pensais, y los tenemos por todas partes suspensos. Si venis aqui por tres dias, aunque no sea mas que por veinte y cuatro horas, habeis cumplido vuestra mision. Haced saber por un correo extraordinario al almirante Ganteaume el momento de vuestra salida. Por último, ninguna escuadra habrá corrido riesgo por un objeto tan grande, ni nuestros soldados de tierra y mar, habrán nunca derramado su sangre por un resultado mas grande y mas noble, pues para lograr el fin de favorecer un desembarco en esa potencia que hace seis siglos oprime á la Francia, podemos todos morir con gusto. Tales son los sentimientos que deben animaros y á todos mis soldados. La Inglaterra no tiene en



cuenta bocas de fuego, dispuestas en batería en la costa. Se necesitaba mucha desgracia para que Ganteaume no pudiese tomar parte en la batalla del desbloqueo, y para que los franceses reuniendo cincuenta navios, veinte y nueve al mando de Villeneuve y veinte y uno al de Ganteaume, no lograsen rechazar el enemigo y entrar con treinta ó cuarenta en la Mancha, aunque perdiesen diez ó veinte.

—Ya veis, decía Napoleon á Decrés que estaba con él en Boloña, que á pesar de una porcion de faltas y accidentes desfavorables, la na-

las Dunas mas que cuatro navios de linea, que diariamente molestamos con nuestros botes y escuadrillas.

Sin mas, etc.

*Al general Lauriston.*

Boloña 25 de thermidor, año XIII, (14 de agosto de 1805).

Señor general Lauriston: he recibido vuestras dos cartas del 3 y 11 de thermidor. Espero que este despacho no os encontrará en el Ferrol, y que la escuadra se habrá hecho ya á la vela para seguir su destino. No sé por que no habeis dejado los regimientos 67 y 16 en la Martinica y en la Guadalupe, pues iba muy bien explicado en vuestras instrucciones; de modo, que despues de una expedicion tan larga no tengo siquiera el placer de que mis islas estén al abrigo de cualquier ataque, puesto que ahora no tienen mas que tres mil hombres, y despues de vendimiarlo no habrá mas que dos mil quinientos. Espero de Villeneuve no se dejará bloquear por una escuadra inferior á la suya, pues teniendo en la actualidad una escuadra de treinta navios, creo que está en el caso de atacar cualquiera otra de veinte y cuatro. Ayudad é impulsad al almirante cuanto os sea posible. Concertad con él lo conveniente con respecto á las tropas que

turaliza del plan es en el fondo tan buena, que todas las ventajas están todavía de nuestra parte y estamos á punto de lograr nuestro objeto.

Decrés, que tenia la confianza secreta de los temores de Ganteaume y que participaba con él de la desconfianza de su fortuna, no estaba tan tranquilo.—Todo es posible, respondia, porque todo está perfectamente calculado, pero si se consigue, veré en ello la mano de Dios! Por lo demás, se ha manifestado tantas veces en las empresas de vuestra magestad, que no me estrañaria verla aparecer en esta ocasion (1).

Desde el 15 al 20 de agosto estuvo Napoleon

teneis á bordo, y decidme el estado de su situacion; podeis dejarlas á bordo, ó si el almirante lo juzga conveniente, podeis desembarcarlas y formar con ellas una division en el Ferrol.

Tomad las medidas necesarias para formar un depósito de los hombres que habeis desembarcado en Vigo, y para que todas las tropas que lleguen del Ferrol, puedan ir á él y reunir despues sus cuerpos.

El capitán Lallemand apareció en las costas de Irlanda en los primeros dias de thermidor, por consiguiente, ya hace tiempo que debe estar en el punto de la cita. Debió haber tomado noticias de la escuadra, sino las tenia, en Vigo, á donde fué un oficial, en la suposicion que el almirante Villeneuve no hubiese parecido para el 20 de thermidor. *En todas partes estamos listos, una aparicion de veinte y cuatro horas seria suficiente.*

Sin mas etc.

(1) Me limito á analizar testudamente las numerosas cartas que Napoleon y el almirante Decrés se escribian todos los dias á pesar de hallarse solo media legua el uno del otro. El primero estaba en Pont-de-Briques y el segundo en las orillas del mar.



en la mayor expectativa; se habian dispuesto señales en los parages mas elevados de la costa para avisarle el momento en que se divisase la flota francesa. Esperando con ansia los correos que llegaban de Paris ó de los puertos, daba en el acto nuevas órdenes para precaver los accidentes que pudieran contrariar sus designios. Habiéndole manifestado Mr. de Talleyrand que los armamentos del Austria eran de dia en dia mas significativos y amenazadores, y que podia temerse una guerra continental, pero que al propio tiempo la Prusia, en vista de la apatía que habia visto observaban con el Hannover, estaba dispuesta á formar una alianza con la Francia, Napoleon sin tomarse tiempo para pensarlo, hizo llamar á Duroc, le entregó una carta para el rey y todos los poderes necesarios para firmar un tratado.—Partid sin perder minuto, le dijo, marchad á Berlin sin pasar por Paris, y decidid á la Prusia para que firme un tratado de alianza conmigo. La cedo el Hannover con la condicion de que se decida inmediatamente; creo que vale la pena el presente que la hago, tal vez dentro de quince dias no la haria semejante oferta, pero hoy necesito ponerme á cubierto por parte del Austria, mientras me embarco. Para lograr de la Prusia este servicio, le doy un vasto pais que aumentará su ejército con cuarenta mil hombres. Pues si me viese obligado despues á dejar las playas del Océano para volverme hácia el continente, abandonando mis campamentos y mis proyectos contra la Inglaterra, no necesitaria de nadie para hacer entrar al Austria en vereda y no pagaria tan caro un servicio que entonces me

seria inútil.—Napoleon por lo tanto, exigia que la Prusia dirigiese inmediatamente tropas hácia Bohemia, no queriendo en aquellos momentos sobrecargar el tratado con las estipulaciones concernientes á Holanda, Suiza é Italia: la cedia el Hannover para que se uniese á él, pero sin mas condiciones (1).

Por un paso de tanta trascendencia, tan prontamente resuelto, puede juzgarse en cuanto tenia Napoleon en aquel momento el entero cumplimiento de sus planes. El mismo dia que daba estas instrucciones á Duroc, es decir el 22 de agosto, llegó á Boloña el correo que salió del Ferrol cuando Villeneuve se hizo á la vela. Napoleon recibió directamente en la pequeña fortaleza de Pont-de-Briques el despacho de Lauriston, mientras el que Villeneuve dirigia á Decrés estaba en camino de la playa, donde éste se habia estacionado en una barraca.

Complacido en extremo Napoleon de estas palabras de Lauriston, *marchamos á Brest*, dictó *in continenti* dos cartas para Villeneuve y Ganteaume, que merecen demasiado conservarse en la historia para que no hagamos aquí mención de ellas.

Decia el emperador á Ganteaume:

«Ya os he manifestado por el telégrafo, mi intencion de que no consintais que Villeneuve pierda un solo dia, á fin de que aprovechando la superioridad de los cincuenta navios de línea, os hagais á la vela sobre la marcha, para cum-

(1) Hé aqui el análisis de las instrucciones secretas, dadas al gran mariscal Duroc.



plir vuestro deber y para trasladaros á la Mancha con todas vuestras fuerzas. Cuento con vuestro talento, vuestro valor y vuestro carácter en estos críticos momentos. Venid y habremos vengado seis siglos de insultos y de oprobio. ¡Nunca habrán espuesto sus vidas, mis soldados de mar y tierra por objeto mas sagrado!—(Campo imperial de Boloña á 22 de agosto de 1805)».

Hé aquí lo que escribió á Villeneuve Napoleon: «Señor vice-almirante, creo que habreis llegado á Brest: partid, no perdais un solo momento, y entrad en la Mancha con mis escuadras reunidas. ¡LA INGLATERRA ES NUESTRA! Estamos dispuestos, y todo embarcado. Presentaos y en veinte y cuatro horas estamos fuera del paso.—(Campo imperial de Boloña 22 de agosto.)»

Pero en tanto que Napoleon, engañado por el despacho de Lauriston, dirigia estas enérgicas palabras á los dos almirantes, Decrés recibió de Villeneuve por el mismo correo una comunicacion enteramente distinta, en la que daba pocas esperanzas de marchar á Brest. Partió al momento Decrés al campo de Boloña para manifestar al emperador la triste conviccion de Villeneuve al salir del Ferrol.

Al escuchar Napoleon estas noticias contradictorias, sellenó de ira, cuyos primeros ímpetus recayeron sobre el almirante Decrés, por haberle hecho dar á semejante hombre el mando de la flota; irriándose tanto mas contra el ministro quanto que le atribuía ademas de la eleccion de Villeneuve, opiniones semejantes á las que habian acobardado á este desgraciado almirante: le echaba en cara la debilidad de su amigo, y la denigracion de la ma-

rina francesa, que llenaria de despecho á toda la gente de mar: se lamentaba de no tener quien le secundara en sus vastos planes y de no hallar sino hombres que por conservar su persona ó su reputacion no sabian cuando no otra cosa, perder una batalla, pues él no les exigia mas que el valor para combatir, aunque sufrieran derrotas.—Vuestro Villeneuve, decia á Decrés; no es capaz ni aun de mandar una fragata. ¿Qué se dirá de un almirante que porque enfermen algunos marineros en dos buques de su escuadra, ó porque se rompa un botalon de trinquetilla, ó alguna vela, ó al menor rumor de que se reunan Nelson y Calder, se aturde y renuncia á sus proyectos? Pero ni aun esto, porque si Nelson y Calder estuviesen reunidos, se hallarian cerca del Ferrol, dispuestos á atacar á los franceses á la salida del puerto, y no en alta mar. Esto es tan sencillo, que se le ocurre á cualquiera que no esté poseido de un miedo cervical (1).—Napoleon llamó á Villeneuve cobarde y hasta traidor, dictando en aquel mismo instante las órdenes para que le condujesen á la fuerza, de Cádiz á la Mancha, si se hubiese dirigido á aquel puerto; y para que en el caso de haber hecho rumbo hácia Brest, se encargase Ganteaume del mando de las dos escuadras reunidas. El ministro de marina que no se habia atrevido aun á manifestar su entera opinion, acerca de la

(1) Estas escenas, de las que no existen testigos oculares, no se hallarian en la historia á no ser por las cartas particulares y autógrafas del almirante Decrés y del emperador. Por ellas se ve la agitacion que reinó en aquellos dias memorables. Hay muchas de un mismo dia, á pesar de que solo estaban distantes media legua uno de otro.



reunion de las flotas en medio de la Mancha en aquellas circunstancias, y que juzgaba esta reunion en extremo peligrosa desde que los ingleses, ya sobre aviso, se habian concentrado entre el Ferrol Brest y Portsmouth, suplicó al emperador no diese una orden tan funesta, diciéndole que la estación estaba muy avanzada, que los ingleses no se dormian un minuto, y que si se persistia en esta idea, tal vez acaeciese delante de Brest alguna catástrofe espantosa. Napoleón que para todo encontraba respuesta, dijo que se retirarian en Brest si era preciso, cincuenta navios, número que jamás habian tenido los ingleses, y que á turbio correr, aunque se perdiese una de las dos flotas, nada le importaba con tal que la otra entrase en la Mancha, y fuese dueña de ella veinte y cuatro horas.

Decrés, abrumado por los argumentos del emperador, tomó el partido de fiar á la pluma lo que no se atrevió á decirle verbalmente, y aquella misma tarde le dirigió á Pont-de-Briques la siguiente carta:

4 de fructidor, año XII (22 agosto de 1803.)

«*Me pongo á los pies de V. M. para suplicarle no asocie á las operaciones de sus escuadras, los buques españoles. Lejos de obtener nada por este medio, opina V. M. que esta asociacion se aumente con los buques de Cádiz y Cartagena.*

«*V. M. quiere que con semejante reunion, se emprenda una cosa sumamente difícil de por sí y que lo es mucho mas por los elementos de que se compone la escuadra, por la inesperienza de los*

gefes, lo poco acostumbrados que están al mando y por otra porcion de circunstancias que V. M. no ignora y que seria inútil referir.

«*En este estado y no teniendo en nada V. M. mis razones y mi esperiencia, no conozco una situacion mas crítica que la mia. Deseo que V. M. se digne tener presente, que no me animan otros deseos que el honor de vuestro pabellon y la gloria de vuestras armas; pero si vuestra escuadra se halla en Cádiz, suplico á V. M. mire este acontecimiento como un decreto del destino, que la guarda para mejores empresas. Suplico á V. M. que no la mande ir á la Mancha, porque semejante tentativa en estos momentos nos acarrearía infinitas desgracias; y ruego sobre todo á V. M. que no la mande intentar esta travesía con dos meses de viveres, pues que, segun creo, Mr. d'Estaing ha empleado setenta ú ochenta dias para ir desde Cádiz á Brest (y tal vez mas).*

«*Si estas súplicas nada influyen en el ánimo de V. M., al menos debe juzgar lo que abriga mi corazón...*

«*Precisamente debo insistir mas y mas en estos momentos, porque aun es tiempo de suspender la remision de órdenes tan funestas. ¡Ojalá tenga yo mas acierto en estas circunstancias, que he tenido en las anteriores!*

«*Pero es una desgracia para mí el poseer conocimientos náuticos, pues que estos no inspiran confianza, ni entran para nada en las combinaciones de V. M.; señor, mi situacion es cada vez mas penosa; me creo incapaz de persuadir á V. M. y dudo que haya quien pueda lograrlo. Formad para que entienda de las operaciones marítimas,*



un consejo, un almirantazgo, todo cuanto pueda convenir á V. M., pero no por eso me encontraré mas animado, antes por el contrario desfallece mi espíritu cada vez mas. Se necesita ser ciertamente un ministro de marina dominado por V. M. en los asuntos navales, que os sirva mal y no aprecie la gloria de vuestras armas, para no juzgar perjudicialísimo semejante proyecto.

«A pesar de la amargura de mi corazón, en nada se disminuye el respeto y fidelidad que profeso á vuestra real persona.»

DECRÉS.

El emperador disgustado aunque conmovido, le contestó inmediatamente desde Pont de Briques. «Enviadme mañana una memoria sobre esta cuestión. En el actual estado de cosas, si Villeneuve permanece en Cádiz, ¿qué haremos? Colocaos á la altura de las circunstancias en que se encuentran Francia é Inglaterra y no me volvais á escribir otra carta como la anterior, pues nada decís en ella. No tengo mas que un deseo, el de triunfar. (22 de agosto.)—*Archivo del Louvre*).

Al siguiente dia 23, Decrés propuso su plan al emperador, el cual consistía en aplazar la expedición para el invierno, pues era demasiado tarde para que se trasladase la flota desde Cádiz á la Mancha, y se esponía á hacerlo en medio de las borrascas del equinocio. Ya los ingleses estaban prevenidos y se susurraba públicamente un proyecto de reunion entre Boloña y Brest. Segun este plan, era necesario dividir estas numerosas escuadras en siete ú ocho cruceros de cinco ó seis buques cada uno, pues lo que hacia entonces el

capitán Lallemand era una prueba de lo que podia esperarse de estas divisiones sueltas. Se necesitaba formarlas con los mejores oficiales y buques, y lanzarlas al Océano, en donde incomodarian á los ingleses; arruinarían, su comercio, al paso que nosotros formaríamos escelentes marineros y gefes de escuadras, proporcionándonos los elementos para un gran proyecto ulterior.

—Esta es la guerra, decia el almirante Decrés, *segun me dicta el corazón*.

Si últimamente, añadía, quereis tener en el invierno una escuadra en la Mancha, hay medio de hacerlo. Reunid en Cádiz sobre cuarenta buques; formad allí un ejército de embarque pretestando para estos aprestos una expedición sobre la India ó sobre la Jamaica, luego dividid la escuadra en dos partes, tomad los buques mas veleros y los oficiales que durante un año hayan dado mas pruebas de capacidad y arrojo; salid en secreto con veinte buques solamente, cuidando de dejar los otros para llamar la atención de los ingleses; despues hareis marchar los veinte buques dando vuelta por Irlanda y Escocia á la Mancha; haced pasar á Villeneuve y Gravina á París; reanimad su valor, y de este modo ejecutareis con seguridad esta maniobra.»

Así que Napoleon hubo leído este proyecto, renunció del todo á la idea de hacer volver inmediatamente la flota de Cádiz, si es que se hallaba en este puerto, y escribió al dorso del despacho: *Formense siete cruceros distribuidos entre Africa, Surinan, Santa Elena, el Cabo, la Isla de Francia, las islas del Viento, los Estados- Unidos, las costas de Irlanda, las de Escocia y la embocadu-*



ra del Tamesis (1). Despues leyó muchas veces los despachos de Villeneuve, Lauriston, y del agente consular que habia seguido largo tiempo con el anteojo la marcha de la escuadra francesa, así que se la perdió de vista desde las alturas del Ferrol. Buscaba en aquellos despachos como en una hoja del libro del destino, la solucion de este problema: ¿Villeneuve se dirige á Cádiz ó á Brest?.. La incertidumbre en que estaba, le irritaba mucho mas que la seguridad de la marcha sobre Cádiz. En medio de este desasosiego y sobre todo en la situacion que se hallaba la Europa, el mayor servicio que pudiera habersele prestado, era decirle lo que habia de positivo, pues las noticias de la frontera de Austria eran cada vez mas alarmantes. Los austriacos no ocultaban sus planes; costeaban el Adige con fuerzas considerables y amenazaban el Inn y la Baviera. Si no daba á Lóndres un golpe decisivo que hiciese temblar y contuviese á la Europa, era necesario que se dirigiera á marchas forzadas hácia el Rhin con objeto de impedir el ultrage que trataban de hacerle presentándose en sus fronteras. Precisándole saber la verdad, escribió repetidas veces á Decrés desde Pont-de-Briques, para que le dijese su parecer sobre la determinacion probable de Villeneuve. Decrés temiendo irritar demasiado al emperador y haciéndosele cargo de conciencia el engañarle, le respondía cada vez de distinta manera, diciéndole unas veces que sí y otras que no, participando siempre de la ansiedad del emperador, pero inclinándose mas bien á que Ville-

(1) He tomado estos pormenores del original.

neuve habria ido á Cádiz; de lo cual él para sí estaba casi seguro. Entoaces Napoleon á fin de no estar desprevenido, titubeaba entre dos proyectos y pasó algunos dias en una de esas situaciones ambíguas, insoportables para un carácter como el suyo, dispuesto á la vez á atravesar el mar ó á caer sobre el continente, y á desembarcar en Inglaterra, ó á emprender una marcha militar hácia Austria. Despues de infinitas dudas, en la mañana del 23 dió las órdenes necesarias para una doble hipótesis.—Estoy resuelto, escribió á Mr. de Talleyrand; mis flotas se han perdido de vista desde las alturas del cabo Ortegal, el 14 de agosto; si entran en la Mancha, es tiempo aun de que yo me embarque y haga el desembarco; voy á desatar en Lóndres el nudo de todas las coaliciones. Si por el contrario mis almirantes no tienen teson ó maniobran mal, levanto mis campamentos de las orillas del Océano, entro con doscientos mil hombres en Alemania y no paro hasta fondear en Viena, arrebatat á Venecia con todo lo que conserva aun de Italia al Austria y arrojar á los Borbones de Nápoles. No dejaré unirse á los austriacos con los rusos; derrotándolos antes de que llegue este caso, y por último luego que haya pacificado el continente, volveré al Océano para trabajar de nuevo en la paz marítima.

Dotado de aquella profunda esperiencia que habia adquirido en la guerra; de aquel cálculo tan exacto acerca de las disposiciones que debian tomarse primero, dió las primeras órdenes para la guerra continental, pero sin tocar aun para nada á la expedicion marítima, que estaba siempre dis-



puesta, pues toda la gente se hallaba á bordo ó pronta á embarcarse. Empezó por Nápoles y Hannover que eran precisamente los dos puntos que menos ocupaban su imaginacion; mandó agregar á la division que se organizaba en Pescara al mando del general Reynier, varios regimientos de caballeria ligera y algunas baterias de artilleria de á lomo, con el objeto de formar en aquel pais guerrillas de columnas ambulantes. Mandó en seguida una órden al general Saint-Cyr, para que se le uniese la division Reynier á la primera señal de hostilidad, y con la que él llevase de Tarento, cayese sobre Nápoles con veinte mil hombres á fin de no permitir el desembarque en Italia á los rusos de Corfú ni á los ingleses de Malta.

Mandó en seguida al principe Eugenio, que aunque virey de Italia estaba bajo la tutela militar del mariscal Jourdan, reuniese inmediatamente las tropas francesas situadas entre Génova y Boloña, las llevase al Adige, y comprase caballos de tiro en toda Italia para disponer en el momento cien bocas de fuego. Como las tropas francesas estaban formadas en divisiones y en pié de guerra, todo esto era de fácil y prudente ejecucion. Mandó que le enviasen reclutas de los depósitos y al mismo tiempo que cociesen galleta en todas partes para abastecer las plazas de Italia. No pudiendo contar con Alejandria por no estar acabadas sus obras, dispuso que la ciudadela de Turin sirviese de plaza de depósito para el Piamonte.

Iguales disposiciones tomó con respecto á Alemania: en el mismo dia 23 hizo salir un correo

para Bernardotte que habia reemplazado á Mortier en el mando del Hannover, encargándole, bajo el mas profundo secreto y teniendo cuidado de no divulgar lo que debia hacer, que reuniese en Goettingen, esto es, en los confines de este electorado, y á la entrada de los caminos de la Alemania central, la mayor parte de su ejército; encaminar hácia este punto la artilleria y el bagaje mayor; ejecutar estos movimientos de modo que no parasen mientes en ellos hasta despues de doce ó quince dias, y para mantenerles en esta duda, se presentasen en el punto opuesto, y por ultimo, que esperase la órden de ponerse definitivamente en marcha. Su idea era si se arreglaba con la Prusia, como pensaba, en el negocio de Hannover, evacuar este reino y atravesar á todo trance todos los pequeños estados de la Alemania central para conducir á Baviera el cuerpo de ejército que retiraba del Hannover.

Por el mismo correo, mandó al general Marmont que estaba en el Texel, preparase inmediatamente sus atalages y material, para poderse poner en marcha en tres dias con su cuerpo de ejército, recomendándole el secreto y que no procediese al embarco de las tropas hasta nueva órden. En Boloña mismo, hizo una primera y única distraccion de las fuerzas que tenia á la mano, las de la caballeria pesada y dragones: reunió mucha mas caballeria de la que realmente necesitaba y de la que probablemente podria embarcar. Hizo retroceder á la division de coraceros de Nansouty disponiendo la reunion en Saint-Omer de los dragones que estaban á las órdenes de Baraguay d'Hilliers con cierto número de piezas de artilleria